

autoría. Reconocerlas, por tanto, en determinadas fuentes resulta prácticamente imposible, es precisamente en estos escritos, en cartas, en notas, en comentarios, como podemos reconstruir la aportación de las mujeres a la ciencia y a la historia. Leer este epistolario supone descubrir la figura de Elena Rodríguez-Bolívar, una de esas tantas mujeres invisibilizadas, es de agradecer que los autores nos la hayan descubierto y que su nombre figure en la portada, como le corresponde.

Margarita Sánchez Romero
Universidad de Granada
marsanch@ugr.es

RAMOS PALOMO, M.^a Dolores y ORTEGA MUÑOZ, Víctor J. (coords.): *Biografías, identidades y representaciones femeninas. Una cita con la historia*. Zaragoza, Libros Pórtico, 2019.

Biografías, identidades y representaciones femeninas reúne trabajos de diferentes investigadoras e investigadores que se han interesado desde diversas perspectivas por las trayectorias vitales de mujeres que vivieron en diferentes momentos históricos. Se trata de una obra colectiva que resulta pertinente y necesaria por su atención a uno de los grupos subalternos más marginados en los estudios biográficos. Los once capítulos que la componen atienden a la forma en que el poder (en sentido foucaultiano) atraviesa las experiencias vitales de las mujeres, salpicadas de episodios de resistencia e insumisión. También comparten su preocupación por otras categorías analíticas como las de etnia, raza, religión o clase social que, junto a la de género, conformaron las múltiples identidades de las mujeres en el pasado. Todo ello sin olvidar los ecos de estas apreciaciones en el presente, al que se hacen constantes alusiones. Otro de los elementos transversales a varios de los trabajos tiene que ver con las manifestaciones de solidaridad y sororidad entre mujeres, aún en coyunturas históricas muy dispares y en contextos espaciales y temporales muy alejados entre sí. La delimitación cronológica de las investigaciones contenidas en este volumen resulta realmente ambiciosa, abarcando desde la época medieval hasta el siglo xx. Lo mismo ocurre con el marco geográfico, que se extiende desde España a Japón, pasando por Francia y el mundo árabe. Casi todas ellas atienden a contextos urbanos, aunque también las hay que prestan atención a ámbitos rurales, como el capítulo segundo a cargo de Carlota Á. Escudero y Agustina Hidalgo.

El volumen comienza con una introducción a cargo de los coordinadores, los profesores de la Universidad de Málaga María Dolores Ramos Palomo y Víctor J. Ortega Muñoz, que sirve como base teórica a los capítulos que la siguen. En ella se hace un recorrido por la teoría y la práctica feministas: desde *La ciudad de las damas*, de Christine de Pizan (1405), a los trabajos de Joan Scott sobre el género,

pasando por las feministas ilustradas del XVIII como Mary Wollstonecraft u Olimpe de Gouges o por las sufragistas de los años veinte y treinta.

El primer capítulo se aleja del resto al presentar una propuesta de innovación docente para incluir la perspectiva de género en las programaciones educativas de distintas áreas de conocimiento de grado y posgrado en la Universidad de Málaga. Sus autoras exponen distintas estrategias didácticas desde una perspectiva interdisciplinar. En esta aproximación metodológica abordan conceptos como el de “interseccionalidad” y competencias como la de “aprender a aprender”. El capítulo 2 explora cómo influyó el acceso de las mujeres al magisterio en el siglo XIX en la construcción de las identidades femeninas. Sus autoras incorporan el mundo rural al análisis, al centrarse en el pueblo malagueño de Álora, y concluyen que en el campo las desigualdades entre géneros habrían sido aún mayores que en la ciudad. En aquellos tiempos las maestras cobraban una tercera parte del sueldo de los maestros, a pesar de que a ellas se les exigía —además de desarrollar su labor docente— ser un ejemplo de moralidad. Las autoras analizan también el papel de la inspección educativa como mecanismo de control social.

El tercer capítulo, a cargo de M.^a José Ruiz, atiende a las internas de los hospitales de París a finales del XIX y principios del XX. En concreto, la autora analiza la construcción de una identidad femenina específica entre las estudiantes de medicina, forjada a partir de mecanismos de diferenciación con sus compañeros varones y de comparación con las mujeres de estos, con los cuales mantuvieron actitudes distantes. El texto pone de manifiesto la resistencia, primero individual y después colectiva, de estas mujeres frente a los intentos de exclusión para obstaculizar o impedir su acceso al internado; y frente a la hostilidad de sus compañeros, que trataron de ridiculizarlas y menospreciarlas. Para no desistir ante las dificultades cotidianas derivadas de su condición de mujeres y mostrarse resilientes, trataron de buscar modelos y referentes entre otras mujeres que las habían precedido. Su lucha se convirtió en ‘la Causa’, que pronto incorporó reivindicaciones feministas, lo que contribuyó a cohesionar el grupo. Aunque al estallar la Gran Guerra la situación de las mujeres en la medicina parecía estar normalizándose, seguirían existiendo enormes carencias durante largas décadas. En este sentido, Ruiz conecta aquellas resistencias femeninas del pasado con el reciente debate sexista a propósito del considerado por algunos como “excesivo” número de mujeres en el campo de la salud, tras su evidente feminización en las últimas décadas.

El capítulo 4 se centra en el mercado laboral femenino en la industria cinematográfica durante el periodo del cine mudo. En él Rosa Ballesteros busca rescatar a las mujeres que trabajaron en este sector y que han sido olvidadas por la historiografía cinematográfica. Entre ellas, directoras y críticas de películas, como Carmen de Burgos, pero también “coloreadoras” de cintas, propietarias de salas o directoras de fotografía. Estas mujeres, algunas de ellas de extracción socioeconómica alta, solían percibir salarios inferiores a los de sus homólogos masculinos. Algunas como Ruth Bryan, fueron pioneras en la dirección de películas con argumentos

de género. Pese a ello, estas mujeres fueron con frecuencia ninguneadas o incluso víctimas de prácticas como la suplantación de identidad o el robo de autoría, lo que llevó a algunas de ellas al extremo de atentar contra sus propias vidas. Aunque su presencia en estos ámbitos fue importante, eran más las mujeres que estaban delante de las cámaras que las que estaban detrás, y continuaron siéndolo tras la transición del cine mudo al sonoro.

Respecto al quinto capítulo, está dedicado a uno de los productos culturales más consumidos durante los años cuarenta y cincuenta, los consultorios sentimentales radiofónicos, cuya sintonización se convirtió en un ritual cotidiano en muchos hogares españoles. En concreto, el autor (Sergio Blanco) se centra en el programa *Hablando con la Esfinge*, que comenzó a emitirse en plena posguerra. Blanco se refiere al consultorio como una forma de “confesión laica” en la que el párroco era sustituido por un “experto”. El símil adquiere pleno sentido en una sociedad con altos porcentajes de práctica religiosa, sobre todo entre las mujeres. Estos formatos constituyeron potentes mecanismos de control social, pues sirvieron de caja de resonancia de los modelos ideales de género del franquismo y, a la vez, contribuyeron a la “construcción de la feminidad a través de las ondas”. Pero, como planteara Pura Sánchez, los consultorios fueron también “refugios emocionales”, espacios femeninos simbólicos equivalentes a la fuente o el mercado, donde las mujeres compartían sus inquietudes con otras mujeres. El grueso de las consultas femeninas tenía que ver con el amor, lo que guardaba relación con la sentimentalidad que se suponía a las mujeres en la época. Amparadas en el anonimato, estas mujeres preguntaban en sus cartas sobre las relaciones de pareja o sobre la temida soltería.

El siguiente capítulo corre a cargo de Mouna Aboussi, quien explora las trayectorias vitales de tres mujeres musulmanas que perdieron el miedo y, en un acto de rebeldía, rompieron su silencio y decidieron contar sus historias de vida. Utilizando su pluma como una de las “armas de los débiles” de las que hablara Scott, firmaron sus propias autobiografías. Con ello rompieron con una larga tradición que no empezaría a cuestionarse hasta comienzos del siglo xx según la cual las escritoras musulmanas utilizaban pseudónimos. Este capítulo integra mejor que ningún otro la identidad religiosa, pues sus protagonistas eran feministas laicas en un contexto dominado por el islam, al que desafiaron con su activismo en pro de la liberación de las mujeres. Su lucha suscitó, quizá más que ninguna otra recogida en el volumen, una fuerte animadversión dentro de su comunidad que puso en grave peligro sus vidas, de ahí que optasen por el exilio.

Lorena C. Barco firma el séptimo capítulo del libro, un trabajo prosopográfico centrado en la Baja Edad Media. En concreto, la autora recupera la biografía de una mujer noble, Leonor Pimentel, I Duquesa de Plasencia, con el objetivo de rescatar del olvido la figura de esta dama. La autora se suma a la corriente que considera que el papel de las mujeres de las clases más pudientes trascendía el de madres y esposas y que a menudo alcanzaba la esfera pública. Además, subraya

los elementos excepcionales presentes en la trayectoria vital de una mujer cuya existencia transcurrió en un contexto histórico profundamente patriarcal.

A continuación, llega el turno de M.^a Dolores Ramos, que presenta un trabajo biográfico sobre la escritora Ángeles López de Ayala, que vivió entre finales del siglo XIX y comienzos del XX. Republicana, masona, librepensadora, feminista y laica, luchó por extender estos ideales a través del asociacionismo, la educación y la escritura en la prensa en aquellas ciudades en las que vivió. Entre sus actuaciones destaca la fundación, junto a otras dos mujeres, de la Sociedad Autónoma de Mujeres (1889), que organizó acciones de desobediencia civil y sufrió la represión indiscriminada desatada a resultas de los atentados anarquistas en la Barcelona de finales del XIX. Este texto pone de manifiesto que, años antes de la proclamación de la II República, hubo ya mujeres como Ángeles López que defendieron con vehemencia la equiparación de la mujer al hombre en lo referente a derechos políticos como el sufragio.

En el capítulo 9 Akemi Saito recoge las biografías de seis mujeres japonesas del mundo de la enseñanza primaria, media y superior. Para abordar las historias de vida de estas estudiantes, docentes y escritoras la autora recurre a sus propias autobiografías, así como a los trabajos que otros investigadores les dedicaron previamente. El estudio de sus trayectorias vitales permite a Saito estudiar la educación femenina superior en Japón entre los siglos XIX y XX. Para ello se remonta a la Era Meiji (1868-1912) que, pese a suponer una cierta occidentalización y modernización al país, no trajo consigo el fin de la subordinación de la mujer al varón ni de la educación segregada por sexos. En este sentido, las biografías de las mujeres estudiadas serían excepcionales, pues lograron situarse fuera del ideal normativo y encontrar espacios de autonomía en la enseñanza superior, entonces copada por hombres. Por ello, fueron menospreciadas y humilladas por sus compañeros y profesores, a pesar de lo cual persistieron en sus propósitos. Algunas de ellas aprovecharon sus conocimientos de inglés para luchar por la emancipación de las mujeres. Otras fundaron revistas que actuaron como altavoz para transmitir su feminismo liberal. Como explica la autora, no fue hasta mediados del siglo XX cuando comenzó a transitarse el camino hacia la igualdad en las universidades japonesas a la luz de la nueva constitución de 1946.

El penúltimo capítulo se centra en tres mujeres con diferentes grados de implicación política que padecieron la represión franquista en la Málaga de guerra y posguerra. En él Encarnación Barranquero aborda tres tipos de violencia sufrida por las mujeres antifascistas: la ejecución física, el exilio en la Francia de la posguerra mundial y la condición de “mujer de preso”. Además, hubieron de hacer frente al hambre y a la enfermedad, que se cebaron especialmente con los vencidos. La autora pone de manifiesto que las mujeres fueron, en mayor medida que los hombres, juzgadas por sus relaciones de parentesco con ellos. Además, viene a recordar la necesidad de trabajar por la memoria histórica al relatar la paradoja que supuso que una de estas mujeres víctimas de la dictadura acabase viviendo en la

calle malagueña “Crucero Canarias”. Se trataba del nombre de uno de los buques que bombardeó a los civiles que huían por la carretera de Málaga a Almería, entre los que se encontraba ella misma junto a su familia.

A cargo de Víctor J. Ortega, el último capítulo del libro está dedicado a otra figura femenina adelantada a su tiempo, Margarita Landi, cuya trayectoria profesional no puede separarse de la personal. Esta mujer trabajó como reportera para el semanario de sucesos *El Caso* —fundado a mediados del siglo xx y consolidado durante el franquismo y la transición—, donde llegó a gozar de una gran popularidad. Landi fue una de las pioneras de los reportajes y crónicas de sucesos, un género hasta entonces prácticamente monopolizado por hombres. Con ello se convirtió en un ejemplo de transgresión en la España de la época, a la par que en modelo para otras mujeres. Como tantas otras, sufrió la represión franquista cuando, en virtud de la Ley de Responsabilidades Políticas, le fueron invalidados sus títulos académicos de enfermería y Bachiller por haber sido expedidos por la extinta República.

Quizá hubiese redundado en beneficio de la obra la existencia de un hilo argumental algo más sólido, más allá de la atención que presta a la subalternidad de las mujeres en distintos contextos históricos. En este sentido, hubiera sido positivo realizar un mayor esfuerzo por explicar en base a qué criterios se han escogido estos trabajos y no otros, o por qué están ausentes temas que hubieran podido tener buen encaje en el libro. Con todo, los once capítulos que lo componen ponen de manifiesto el carácter plural y caleidoscópico que han tenido las identidades y representaciones de las mujeres a lo largo de la historia. Con ello sus autoras y autores vienen a recordarnos la imposibilidad de hablar de la “mujer” en singular y la necesidad de hacer referencia a ellas en plural, como plurales fueron sus formas de ser y de estar.

Gloria Román Ruiz
Radboud University & NIOD Institute
gloriaroman@ugr.es

REBOREDA MORILLO, Susana (dir.): *Visiones sobre la lactancia en la Antigüedad. Permanencias, cambios y rupturas. (Dialogues d’histoire ancienne. Supplément 19)*. Becançon, Presses universitaires de Franche-Comté, 2019. 296 págs. [ISSN: 2018-1433].

Visiones sobre la lactancia en la Antigüedad. Permanencias, cambios y rupturas es una obra colectiva fruto, tal y como se indica en la Introducción (pp. 11-14), de dos proyectos I+D+I y unas Jornadas Internacionales celebradas en el campus de Ourense de la Universidade de Vigo en 2015. Dirigida por Susana Reboresda